



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

DE SANTIAGO A CARACAS

TRECE DIPLOMÁTICOS ESPAÑOLES
EN LATINOAMÉRICA

Sergio Colina Martín (coord.)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°52—

MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MARCOS ALONSO ALONSO, GABRIEL ALOU FORNER, M^a NIEVES BLANCO DÍAZ, CINTHYA BREÑA TESTAL, GUILLERMO JAVIER CORRAL VAN DAMME, CÁNDIDO CREIS ESTRADA, MARIO CRESPO BALLESTEROS, LUIS MANUEL CUESTA CIVÍS, JAIME IGLESIAS SÁNCHEZ-CERVERA, BERNARDO LÓPEZ LÓPEZ-RÍOS, MARÍA EUGENIA MENÉNDEZ REYES, JORGE MANUEL DE PERALTA MOMPALER y PILAR MARÍA TERRÉN LALANA

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JUAN MOREDA OTERO Y SERGIO COLINA MARTÍN
Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Septiembre 2018
I.S.B.N: 978-84-948608-8-1
Depósito legal: M-28905-2018
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

Prólogo pág. 7

CARACAS

Regreso a Caracas en tres actos

(Jorge Peralta) pág. 11

CIUDAD DE GUATEMALA

Una tarde en el ring

(Cinthy Breña) pág. 29

CIUDAD DE MÉXICO

El ombligo de la luna

(Pilar Terrén) pág. 35

LA HABANA

La fiera

(Guillermo Corral) pág. 55

Tupiciones

(Nieves Blanco) pág. 69

LA PAZ

El fantasma de Alexander

(Mario Crespo) pág. 75

MIAMI

Miami, capital de las Américas

(Cándido Creis) pág. 103

MONTEVIDEO - SANTIAGO DE CHILE

Nómadas. Tragicomedia en cuatro actos,

(M^a Eugenia Menéndez) pág. 111

PANAMÁ

El baile del Curlandia

(Bernardo López) pág. 139

POPAYÁN

La revuelta de las baldosas

(Luis Cuesta) pág. 175

PUERTO PRÍNCIPE

Haiti Chérie. De Puerto Príncipe a la Gonava

(Jaime Iglesias) pág. 191

QUITO

Recuerdos quiteños

(Gabriel Alou) pág. 201

SANTIAGO DE CUBA

Lindando Paraíso

(Marcos Alonso) pág. 223

AUTORES pág. 229

PRÓLOGO

El diplomático como ventana al mundo. Sin duda es este uno de los *leitmotivs* de «La Valija Diplomática» desde su nacimiento, y una de las líneas de trabajo a la que hemos querido dar un renovado impulso en esta nueva etapa de la colección. Para ello es nuestra intención combinar memoria y testimonios del pasado con acercamientos al presente, en ocasiones desde el análisis y el rigor académicos, y en otras desde la vivencia y la dimensión más personal de la interacción con otros lugares del mundo, con otros paisajes y otras gentes.

Con ese objetivo hemos convocado en esta ocasión a trece diplomáticos, de distintas edades y procedencias, con trayectorias vitales y profesionales diversas y en diferentes momentos de sus carreras, para componer —ensamblando sus textos— un mosaico plural de miradas sobre Latinoamérica, y en especial, sobre sus ciudades. A través de sus narraciones, crónicas, memorias, reconstrucciones más o menos fantasiosas, anécdotas e incluso rutas arquitectónicas, los aquí presentes nos conducen de la mano por las calles de Miami, de la ciudad de México y de Guatemala; nos guían para vislumbrar retazos de vidas en Puerto Príncipe y Caracas; nos invitan a compartir experiencias y recuerdos vividos —en Montevideo y Santiago, en Panamá y en Quito— y a explorar la idiosincrasia de los países de Iberoamérica (Bolivia, Colombia...) a partir de relatos sobre sus urbes (La Paz o Popayán).

Con ello queremos establecer un cauce más de diálogo con la sociedad y difundir entre el público español (y entre todos

los lectores en castellano en general) fragmentos de las culturas con las que entramos en contacto a través de nuestras tareas de servicio público en el exterior. Y este volumen que presentamos hoy es solo una pieza de este proyecto. Porque diplomáticos los ha habido, los hay y los habrá, viviendo y trabajando, en África y en Asia, en Estados Unidos y en Canadá, en Europa y Oceanía. Y sin duda tienen —han tenido, y tendrán— muchas, muchas cosas que contar.

Caracas (Venezuela)



REGRESO A CARACAS EN TRES ACTOS

Jorge Peralta

ATERRIZAJE

I. Aquí había una ciudad. Lo piensas hoy, casi veinte años después de pisar por primera vez sus calles. Eras joven entonces, muy joven, y Caracas te sorprendió: quizás porque venías de África, de la tierra roja y las casas de hojalata, y no esperabas el asfalto, el cemento, el ruido y el ritmo de la ciudad. Hace veinte años te sorprendió Caracas. Llegaste sin saber casi nada de ella, y te la habías imaginado de otra forma: más caribeña, menos verde, más hermosa. Porque Caracas no es hermosa (al menos no a primera vista), y asombra el peso de la naturaleza como telón de fondo y contrapunto de la mole urbana: el Ávila inmenso, los flamboyanes en ascuas, el río que no se ve pero se siente en esa humedad que por todas partes se filtra.

II. Quizás no debiste aceptar el encargo. No tenías nada que ganar, tampoco te apetecía demasiado volver a Caracas: el viaje largo, el jet-lag y el dolor de músculos, los años que pesan. Y luego estaba la situación en casa: Gabriela en plena crisis de adolescencia y Blanca distante, vuestro matrimonio instalado en la tibieza. O quizás, reconócelo, aceptaste para alejarte unos días de casa, o porque el Ministerio insistió:

alguien tiene que acompañar al Presidente en su misión de mediación y tú conoces el país, y a vuestro regreso podemos hablar de una nueva Embajada, y al final estoy como siempre a tu disposición, querida Subsecretaria. Aceptaste, y ahora piensas que tal vez fue un error: es peligroso volver a los lugares donde has sido feliz.

III. Fuiste feliz en Caracas, como en ningún otro sitio. Hoy, mientras vuelves a recorrer sus calles arrasadas, te cuesta explicar por qué: la memoria te traiciona, y el presente apenas ofrece pistas. Es verdad que el Ávila sigue ahí, y también algunos flamboyanes, pero había entonces algo más, algo que te hizo disfrutar desde el principio de una ciudad inesperada, apenas deseada. Pasaron los primeros días, el descontrol horario, el béisbol en la televisión de una casa ajena, tu despacho acogedor en el Consulado, y de repente estaba ahí una extraña sensación de complicidad, de pertenencia a esa Caracas que sólo era hermosa cuando la mirabas de noche desde una azotea, iluminada como un pesebre.

IV. Te pregunta el Presidente por tu familia, y respondes que todo está bien: Gabriela no para de crecer, dieciséis años ya, qué barbaridad, y Blanca muy centrada en su trabajo y en su madre, que anda delicada. Igualito que mi mujer, dice el Presidente: sigue siendo un hombre cálido, capaz de aparentar interés por cuanto lo rodea. Te pide que no lo llames Presidente, que ya han pasado muchos años de eso, pero tú sabes que no hace falta explicarle y que todo es más cómodo así, pero te agradezco igualmente

Presidente. Él sonríe, relajado: mira Caracas a través de los vidrios tintados del coche, y la ciudad gris se refleja en sus ojos claros.

Llevabais tiempo sin veros: él se alejó de la política y tú pasaste varios años en el extranjero. De vez en cuando una felicitación navideña, un whatsapp simpático cuando ganaba el Madrid de baloncesto, un abrazo rápido en un acto académico o una infrecuente comida con los miembros de su Gabinete, tenemos que hacerla cada año. Te pregunta si los sigues viendo, a Marc, a Roberto, a Luisa (y te parece que al decir Luisa le cambia ligeramente el tono, o que hace un esfuerzo por aparentar normalidad); no mucho, respondes, cada uno anda por su lado, acabó tu presidencia y nos dispersamos. Sonríe otra vez, pero sin nostalgia (ni siquiera Luisa): se le ve contento, en forma, estimulado por la misión, por el poder otra vez, las cámaras y los micrófonos al bajar del avión, los empujones de los guardias de seguridad, las atenciones protocolarias, todo un poco exagerado y él siempre con su sonrisa.

v. Paseabas sin parar esos primeros días. Y así, recorriendo esa nueva geografía, llegaste al que sería después tu barrio, Sebuacán, y pensaste aquí quiero vivir. Un edificio alto de ladrillo marrón, un piso luminoso y con vistas, y abajo una piscina. Tu casa. Y luego el coche, primero un escarabajo y después un cuatro por cuatro por si acaso. La comodidad a la que nunca, pese a los gestos para la galería, has renunciado. Acéptalo, siempre gestos para la galería: el escarabajo igual que el pelo largo, el desdén ante algunos

privilegios, la alergia a la corbata. Entre lo estético y lo ético, esos detalles te permitían mantener la impostura de una vida corriente. Pero te quedabas a mitad de camino, sin el coraje para romper con algunas cosas, para enfrentarte a otras o para asumirlo todo. Querías gustar, quedar bien. Tampoco te culpabas: lo hacías (lo haces) de forma consciente, pero al mismo tiempo con naturalidad: ahí no había impostura ni traición, sólo un carácter tibio y ligero y algo sentimental. Un socialdemócrata, tal vez.

VI. Ya no quedan socialdemócratas, Presidente. Se lo dices en el coche que os lleva a la residencia del Embajador. Él asiente, te corrige: quedamos tú y yo, pocos más, y nos siguen llamando cuando las cosas se ponen feas, porque caemos bien. Os reís, pero sabéis que es verdad, que las cosas están feas en Venezuela: la crisis dura ya mucho tiempo, la renuncia del Heredero no sirvió para apaciguar al Movimiento, el Consejo Provisional de Gobierno pierde fuelle, la tensión sube en las calles. Sorteáis algunas barricadas en la Avenida Libertador, pero en seguida llega la calma del Country Club. También eso te sorprendió de Caracas: lo cerca que estaban el lujo y la pobreza. Cosas del petróleo, decían. En el Country, los ricos venezolanos se sentaban despreocupados a beber whisky y hablar de béisbol y de mujeres, y tú te adaptabas sin excesivos problemas: te dejabas llevar por el tono festivo y musical de la conversación. Siempre había música en Caracas.

Entráis en la Residencia del Embajador. No ha cambiado demasiado, piensas, mientras atravesáis los salones